

Cómo y qué presentar de Jesucristo al hombre de hoy

E. MALVIDO

El modo lleva consigo un contenido determinado, una razón de ser justificativa. Si el barco se mantiene sobre el agua es porque es hecho de algún material insumergible. Y si las diversas embarcaciones se distinguen es porque su "factura", en el sentido más amplio de la palabra, es asimismo diferente.

En las presentes páginas vamos a exponer el modo como, a nuestro juicio, se ha de hablar de Jesucristo al hombre de nuestros días. No olvidamos que lo que se nos ha pedido para estas páginas (SINITE versa sobre el contenido de una catequesis cristológica, pero como decíamos, opinamos que a esta pregunta se responde adecuadamente indicando cómo hay que presentar a Jesucristo al hombre de hoy. No obstante, procuraremos explicitar al final de nuestro trabajo el contenido de una catequesis sobre Jesucristo.

Nuestro modo de proceder a la hora de dar respuesta a la pregunta sobre el contenido de una catequesis en torno a Jesucristo no sólo es, por las razones dadas, algo legítimo, sino que además nos parece mucho más bonito. Siempre será más atractivo ver sobre las aguas cómo flotan los barcos y los botes, que no tener que oír las secas explicaciones científicas de semejante fenómeno de flotación.

Nuestro estudio, por tanto, se desarrollará en dos partes:

- A) ¿Cómo presentar a Jesucristo al hombre de hoy?
- B) ¿Qué presentar de Jesucristo al hombre de hoy?

Última observación: no es nuestro propósito explayar estas dos partes y sus respectivos apartados. Daremos solamente algunas pistas indicativas de lo que se quiere decir. Dejamos al lector campo abierto y libre para que lleve a cabo cuantos desarrollos y matizaciones se le ocurran.

A) ¿COMO PRESENTAR A JESUCRISTO AL HOMBRE DE HOY?

I) *Punto de partida: El hombre real*

1) Por muy extraño que suene, Jesucristo no debe ser el punto de partida de la pastoral cristológica. Jesucristo es la respuesta, no la pregunta. Jesucristo es el punto de llegada, no el punto de partida. Razones: Para cualquier hombre su propia persona es el centro de mayor interés, su primera cuestión. Jesucristo siempre es un "otro" para cualquier hombre que no sea el propio Jesucristo. Además, Jesucristo es un hombre del pasado. Más que en las épocas anteriores, en la nuestra el pasado ha perdido vigencia. Una tercera razón en contra de constituir a Jesucristo como punto de partida de la pastoral cristológica es el hecho de que siempre se ha insistido en los "rasgos no humanos" de su figura, en aquellos aspectos que más le distinguen de los demás hombres, lo que le aleja aún más de la atención de cada hombre.

2) El punto de partida de la pastoral cristológica ha de ser el hombre real. Es este hombre concreto quien se formula las preguntas y no otro. Y es a este hombre histórico a quien debe responder la Palabra de Dios y no a otro.

3) Es corriente caer en el error del "perfeccionismo" a la hora de considerar a este hombre real.

Unas veces el "perfeccionismo" asoma en *el tipo de preguntas* que formulamos en nombre del hombre verdadero. Fácilmente presuponemos en la cabeza de nuestros contemporáneos preguntas como éstas: "¿Qué es el mundo?", "¿Cómo hay ser y no nada?", "¿Cuál es el origen del universo?", "¿Qué es el hombre?", "¿Hacia dónde va la historia?", "¿Cuál es el futuro de la humanidad?", etc. Hoy día el hombre no se pregunta tanto sobre estas cuestiones referentes a las zonas fronterizas del existir (sobre el origen y el final de todo). Estas cuestiones se fijan en asuntos que no ocurren con frecuencia. Uno no nace ni muere cada día. En este sentido, son problemas extraordinarios, "marginales" en cuanto a la marcha de la vida cotidiana, desacostumbrados, "meta-físicos"... Por el contrario, el hombre del siglo XX anda interesado, sobre todo, en los problemas que surgen en y de la vida ordinaria: "¿Qué sentido tiene este trabajo que estoy haciendo?", "¿Por qué estoy aburrido ahora?" "¿Qué bien me llevo con fulano y qué mal con mengano!", "¿No está bien que unos pocos tengan tantos bienes y la mayoría se arrastre en la miseria!"... Estos, ciertamente, son problemas ordinarios, "centrales" respecto de la vida, rutinarios, históricos... Y a ellos, sobre todo, debemos atender en nuestras catequesis.

4) Otras veces el “perfeccionismo” se acusa en *el tipo de hombre* que hace las preguntas: un hombre adulto que ha cubierto las etapas del desarrollo humano, que es instruido, serio, responsable.

5) El hombre real es cualquiera de los hombres de la realidad el ser humano en la variada versión de la vida. Es el hombre de todas las edades y de todas las épocas.

6) En la lectura del N. T. debemos tener presente al hombre concreto que subyace en los textos. Bultmann ha visto con toda razón la presencia de la primitiva comunidad cristiana a lo largo y a lo ancho de los evangelios. Su apreciación sobre el influjo de la comunidad cristiana en la elaboración evangélica es indudablemente exagerada, pero acierta de lleno cuando subraya la presencia de unos hombres concretos bajo y en las líneas del N. T. El teo-neotestamentario es, en gran parte, una interpretación del mensaje de Jesús aplicado a las situaciones reales de los primeros cristianos. No hay modo de separar el punto de vista originario de Jesús y la mediación de la comunidad cristiana en lo relativo a su persona y obra. Más que cristología, lo que en el N. T. se encuentra es un teo-logos cristológico. El Cristo que aparece en el N. T. es un Cristo que responde a preguntas formuladas por hombres concretos. Es un Cristo condicionado por la situación vital de hombres reales.

II) *Punto de paso: Nuestro Jesús histórico*

7) Para encontrarse con Jesucristo no hay por qué salir fuera de las experiencias de vida del hombre real. Es en el interior de ellas donde —de hacerlo— tiene Jesucristo que hacer acto de presencia. El punto de partida constituye al mismo tiempo el trayecto para el posible encuentro con Jesucristo.

8) Para recorrer dicho trayecto de encuentro con Jesucristo es válida cualquier situación humana: situación de esperanza, de anhelo, de liberación, de amor, de conflicto, de indiferencia, de amistad, de entusiasmo, de enfermedad... “Todos los caminos conducen a Roma.” Otro tanto podemos decir nosotros: “Todas las situaciones desembocan en Jesucristo”. Es cierto que no todas las situaciones son igualmente válidas. El grado de validez depende de la mayor o menor proximidad respecto de la actitud con que Jesucristo vivió la vida humana. Pero todas las situaciones —por ser humanas— tienen algo que ver con el Dios hecho de verdad hombre.

9) A la hora de referir a Jesucristo la situación del hombre concreto, la referencia no debe hacerse a partir de un Jesucristo legendario, que tiene más de héroe griego o de personaje mítico que de Jesucristo de nuestros evangelios.

He aquí cómo ve Zahrnt la figura y los hechos de este Jesús legendario:

Por decisión tomada desde toda la eternidad en el cielo, y en la tierra, predecido por los profetas y anunciado por signos extraordinarios, Jesús nace de modo prodigioso de una virgen. Desde un principio aparecen ángeles en derredor de El y le acompañarán toda la vida. En el momento de su nacimiento descienden rápidamente del cielo abierto y le anuncian como Redentor del mundo. Ante lo cual, acuden presurosos los pastores de las cercanías para adorar al futuro Salvador; de lejanas tierras vienen los Magos guiados por una estrella, para ofrecer al recién nacido Príncipe sus preciosos tesoros. Todo lo largamente ansiado se realiza al fin en estos hechos, así como también en el futuro cada uno de los episodios cumplirá profecía tras profecía. Un ángel ordena a los padres huir con el recién nacido para preservarlo de la conspiración del malvado rey que teme por su trono, y también el regreso se realiza por mandato divino. Ya durante su infancia sobresale por sus extraordinarias dotes, con lo cual señala su futura misión. A la edad de doce años discute con teólogos en el Templo, de tal modo que éstos se maravillan de su sabiduría divina. En su bautismo, el cielo se abre encima de El y, mientras que el Espíritu Santo se posa sobre El, Dios mismo le presenta en voz alta como a su Hijo.

Resiste a la tentación del demonio que le quiere apartar de su misión divina; en lugar de ello le sirven los ángeles. A continuación recorre la tierra predicando. Su predicación va acompañada de milagros. Cura enfermos de toda clase: leprosos, posesos, paráliticos, ciegos, mudos. Se necesita tocar la orla de su vestido y uno se cura. Transforma agua en vino y alimenta miles de personas sólo con un par de panes y peces, quedando al final tanto como al principio. Incluso el viento y las olas le obedecen. Apacigua una tempestad en el mar y camina sobre el agua. Puede despertar incluso muertos a nueva vida. Con todas estas palabras y hechos se muestra como el Mesías esperado y como el Hijo de Dios. Los malos espíritus gritan tras él, uno de sus discípulos habla en nombre de los restantes abiertamente y finalmente asiente él mismo. Al final de su camino llega a la Cruz, también aquí cumpliendo la voluntad de Dios, tal como estaba descrito en la Escritura.

Predice él mismo tres veces que debe sufrir y morir, pero que al tercer día resucitará y volverá al final de los tiempos para establecer definitivamente, mediante la resurrección de los muertos y el juicio, el reino de Dios. Su muerte acontece para redimir la humanidad de sus pecados. Y así muere con las palabras: "todo se ha cumplido". La sepultura en la que se le ha colocado es sellada y cerrada con una piedra pesada. Sin embargo, después aparece vacía. Se manifiesta corporalmente a sus discípulos, se les presenta a través de las puertas cerradas, camina, come y bebe con ellos. Al final los reúne una vez más sobre un monte y los envía desde allí con el mandato de llevar su mensaje a todos los pueblos y de bautizarlos en el nombre de Dios Trino. De pronto una nube le lleva hacia el cielo. Así termina su historia donde comenzó: en la eternidad junto a Dios en el cielo.

(Dios no puede morir, págs. 183-184.)

10) Tampoco deben ponerse nuestras situaciones vitales en comparación directa con el ser escatológico alcanzado por Jesucristo en su resurrección. Entre el Resucitado y cualquier situación humana hay diferencias que no resultan fáciles de saltar. El Resucitado es la última instancia esclarecedora, el trasfondo iluminador, la postrera clave solucionadora... a la que toda la vida de Jesús tiende y an-

ticipa, pero no debe ser la plataforma de confrontación inmediata con las diversas situaciones del hombre real.

11) Ni siquiera la vida del Jesús prepascual, tal como nos la presentan los evangelios, constituye el adecuado contraste con nuestra vida de hombres actuales. Nuestra vida no tiene por qué ser imposible que sea una repetición material de la vida de Jesús. El literalismo es una ofensa contra el espíritu de libertad y la capacidad adaptativa del mensaje cristiano vivido por Jesús.

12) El Jesús que los cristianos debemos tener presente para nuestro aprovechamiento es el auténtico Jesús de la historia que puede rastrearse a través de los evangelios. Ya vimos cómo a partir de los evangelios puede conseguirse una imagen de Jesús que goza de considerable credibilidad histórica. Dicho Jesús se distingue del Jesús legendario, que rechazábamos en el punto 9, así como también del Jesús escatológico, al que aludíamos en el punto 10, y del Jesús evangélico del punto 11, el Jesús que aparece inmediatamente en los evangelios, que es ya un Jesús interpretado y acoplado a las vicisitudes existenciales de iglesias y de cristianos de otras épocas.

13) Es preciso —a partir de la intuición de lo que Jesucristo es— teniendo en cuenta que la captación intuitiva de la realidad de Jesucristo se realiza, sobre todo, a la luz de la resurrección, contrastar nuestra situación particular de seres humanos con la que Jesús adoptaría en nuestro caso. Dicho de otro modo: es necesario escribir un evangelio nuevo desde la captación intuitiva que tenemos de lo que Cristo es. El libro *El otro Jesús*, de J. R. Guerin, se inscribe dentro de esta intencionalidad.

14) El N. T. no se ha comportado de otra manera con Jesús Nazaret. Por algo se habla del evangelio de Juan, del evangelio de Mateo, del evangelio de Lucas y del evangelio de Marcos. Aún podríamos alargar esta lista de evangelios cristianos hablando con rigor del evangelio de Pedro, del evangelio de Pablo...

El "diatessaron" de Taciano, que intentaba reducir los cuatro evangelios a uno sólo, nunca gozó del reconocimiento oficial cristiano. "Hacia el año 170 después de Cristo sistematizó el sirio Taciano el texto de los cuatro evangelios a base de un esquema de tipo gráfico: la armonía de los Evangelios, el Diatessaron. La Iglesia siria no conoció los Evangelios hasta el siglo IV más que en la forma del Diatessaron. Gracias a la enérgica intervención del obispo de Antioquia de Cirilo de Cesarea (hasta 399-466 después de Cristo), que hacia el año 450 hizo destruir más de doscientos ejemplares del Diatessaron, se impuso la lectura de los 'separados' en las celebraciones eucarísticas."

llegó a prevalecer el 'Evangelio de los separados', o sea, los cuatro Evangelios canónicos frente al 'Evangelio mixto' (Diatéssaron)." (A. LAPPLE, *Jesús de Nazaret*, Ed. Paulinas, 1973, pág. 49, nota 5.)

15) Todos estos evangelios coinciden en la captación intuitiva de la persona y obra del Resucitado, en la creencia de la validez universal y definitiva de la Respuesta-Cristo para toda la diversidad de situaciones humanas. Esto último se transparenta en el hecho de la imborrable estructura biográfica que presentan los cuatro evangelios. El aire biográfico que el mensaje cristiano tiene en los evangelios es una manera ingenua, pero tajante, de afirmar que el mensaje cristiano puede aplicarse a todo el desarrollo de la vida humana y que afecta a todas las vicisitudes por las que puede atravesar la vida del hombre.

16) De hecho los primeros cristianos presentan sus problemas existenciales propios y sus reflexiones teológicas dentro del proceso de la vida de Jesús y ahí es donde los resuelven o donde las elaboran. En más de un caso puede asegurarse que tal pasaje no corresponde a la vida histórica de Jesús, sino a la vida de la primitiva iglesia, pero la manera de solventar la situación concreta de las primeras comunidades cristianas sí que responde al espíritu del Jesús histórico, cuyo alcance y sentido hizo luz y tocó cima en la resurrección.

No nos interesan mayormente las peripecias históricas de los primeros cristianos, sino, sobre todo, su método hermenéutico. A este respecto, la diversos Jesuses fieles al Jesús histórico que ellos nos presentan pueden servirnos de orientación para nuestro actuar en pleno siglo XX en relación con Jesucristo.

III) *Punto de llegada: El Cristo de la fe*

17) De la confrontación de nuestra vida concreta con la figura intuitiva de nuestro Jesús ha de surgir el convencimiento personal de que Jesucristo es la auténtica respuesta salvadora para el hombre concreto de nuestro tiempo. Así es como se afianzará nuestra fe en El. Así nuestro Jesús se grabará más en nosotros como Cristo de la fe.

18) El núcleo de la cuestión no está en el modo como tenemos que llamar a Jesús: que si Dios, que si Verbo, que si Señor, que si Hijo, que si... El problema de la fe en Cristo es, sobre todo, asunto de vida. Las confesiones de fe se escriben con tinta vital. El alcance de aquéllas depende de la calidad de vida de los cristianos. La cristología no avanza merced a las constituciones dogmáticas ni pas-

torales. La cristología tiene en la santidad de la iglesia su verdadero germen de desarrollo.

19) En este sentido puede hablarse, incluso, de una "cristología silenciosa", cristología que puede ser muy importante, aunque carezca de menciones y de conciencia explícita.

Hasta cabe pensar en una cristología anticristológica (marxismo). Más que las palabras, importan los hechos. Más, mucho más que los ataques verbales, interesan los testimonios de vida.

En el momento de evaluar la hora cristológica que estamos viviendo en la actualidad no debemos perder de vista estas fuerzas silenciosas de la cristología ni tampoco aquellas otras que se declaran corrientes a Dios y a su Cristo.

20) La fe en Jesús como el Cristo supone un reconocimiento o menos explícito de su trascendencia, una confesión de su divinidad. No nos debemos dar por satisfechos mientras nuestros catequizados no lleguen a este nivel. Más que a las palabras hay que atender la actitud que se esconde bajo los términos "amigos", "superiores", "liberador", "hombre libre", "salvador"... con que nuestros contemporáneos hablan de Jesús. Bajo estas y otras designaciones de "persona humana" puede encontrarse la fe más acendrada en la divinidad de Jesús, como también es posible que las palabras de "Hijo de Dios", "Verbo", "Imagen del Dios invisible"... en boca de muchos cristianos no pasen de ser expresiones vacías, sin ningún contenido trascendente real.

21) Los cristianos del N. T. emplearon títulos cristológicos como traducción externa de sus experiencias de fe. Dada la multiplicidad de títulos atribuidos a Jesús y las correcciones introducidas en el uso de los mismos, todo nos hace pensar que el concepto que los primeros cristianos tenían de la persona y obra de Jesús era superior al alcance significativo suministrado por los títulos. Una intensa cristología es la mejor manera de relativizar la importancia de los títulos cristológicos. Y esto es lo que se observa en los títulos que aparecen en las páginas del N. T. No seamos, pues, más rigoristas que los primeros cristianos en lo que concierne a los títulos cristológicos y apliquemos nuestras fuerzas, sobre todo, a vivir nuestra fe en Cristo como lo vivieron los primitivos cristianos.

B) ¿QUE PRESENTAR DE JESUCRISTO AL HOMBRE DE HOY?

Hemos expuesto en la primera parte la trayectoria metodológica que se debe seguir en la presentación de Jesucristo ante nuestros oyentes.

temporáneos. En esta segunda parte queremos recoger y explicar qué contenido cristológico queda subrayado siguiendo los pasos metodológicos señalados en la primera parte.

22) A la luz de lo indicado en la primera parte, salta a la vista que es, sobre todo, la humanidad de Jesucristo la dimensión atendida y mimada por la actual "cristología desde abajo". Con relación a las épocas anteriores, nos encontramos aquí con toda una inversión de perspectivas. En efecto, en la tradición secular cristiana se ha reflexionado sobre todo en torno a la divinidad de Jesucristo. Era la consecuencia lógica de una "cristología desde arriba", trascendente, teológica, "monofisita". Hoy, por el contrario, con el alza de los valores humanos, la humanidad de Jesucristo se ha convertido en el centro de atención de una "cristología desde abajo", immanente, antropológica, "nestoriana". Con palabras de A. Läßle:

Si al punto de partida teocéntrico de las discusiones de la antigua Iglesia correspondió una "*cristología de arriba*", donde la naturaleza y persona divinas de Jesucristo se hicieron valer excelentemente, a la mentalidad antropológica de nuestro tiempo corresponde una "*cristología de abajo*", que adolece, acaso, de resabios nestorianos, pero, de hecho, pretende asegurar su lugar legítimo a la naturaleza e individualidad humanas de Jesús.

(*Jesús de Nazaret*, pág. 96.)

23) Dentro de la humanidad de Jesucristo habrá que resaltar sobremanera aquellos hechos y dichos de Jesús que gozan de enorme fiabilidad histórica. Estos hechos y dichos guardan relación estrecha con la vida pública de Jesús, con su predicación original sobre el reino de Dios, con su pasión y con su muerte... Por algo los evangelios se centran en esta fase decisiva de la vida de Jesús. Sencillamente, porque ahí es donde se encuentra el Jesús histórico más auténtico y real. Ahí es donde el relato evangélico es más narrativo que cuando se trata de otros momentos de la vida de Jesús (v. gr.: la infancia).

24) Ciertamente que en la parte dedicada por los evangelios a la vida y muerte públicas de Jesús hay que contar con la mediación interpretativa de las primitivas comunidades eclesiales. Pero esta constatación no anula el hecho de que en esa parte el espíritu de Jesús sea más reconocible que en ningún otro lugar. Y precisamente porque es así, los primeros cristianos no dudaron en aplicarlo libremente a la solución de sus problemas particulares. Las vicisitudes históricas de las iglesias primitivas no eran las mismas que las de Jesús de Nazaret, pero la actitud cristiana que asoma en unas y en otras sí que es la misma, y esto, en definitiva, es lo que realmente cuenta.

25) Lo que hay que considerar de verdad, por lo tanto, es la actitud presente en esos hechos y dichos de Jesús de gran credibilidad histórica. A partir de aquí es relativamente fácil encarar cualquier experiencia histórica —por supuesto, también la nuestra— con el talante peculiar del hombre Jesús de Nazaret. La vida exterior de Jesús no sintoniza culturalmente con la nuestra. Pero su disposición básica ante la vida, su talante, su actitud, su espíritu... se emparejan con el hombre de cualquier época, ya sea armonizando con ella ya sea enfrentándosele de alguna manera, ya sea contraponiéndose abiertamente...

26) Quien ponga en tela de juicio la actualidad de Jesús para los hombres de todas las épocas a este nivel de talante humano y muestras claras de no tomar en serio la humanización de Dios. Como si Dios se hubiera hecho hombre, pero sin llegar a las raíces del ser humano, sin alcanzar la capacidad enjuiciadora, pensativa, reflexiva, emocional, sensible, activa, histórica... del ser humano. O como si Dios se hubiese hecho hombre hasta las últimas profundidades sucumbiendo ante los imperativos humanos, sin haberlos, al fin y al cabo, remodelado a su imagen y semejanza...

27) Puede ser también que se recela de la posibilidad de llegar a la divinidad a través de lo humano de Jesús porque se malentiende la relación humanidad-divinidad, naturaleza-gracia, profano-sacrosanto. Es frecuente la queja de muchos catequistas porque sus compromisos, quizás se entregan enteros a la solución de los problemas de las "manos", pero no acaban de llegar, a través de todos ellos, a la divinidad. Muchos catequistas se explican y se justifican el hecho señalado diciendo que es natural que sea así porque lo divino es algo que no tiene que ver con lo humano. "El acto religioso se encuentra allá del acto humano", piensan. Todos estos catequistas olvidan que se ha operado en Jesucristo la unión de la divinidad y la humanidad. ¿Acaso no es divino todo lo humano de Jesús? O ¿es que nosotros mismos no somos espirituales en toda nuestra dimensión corporal? Lo divino tiene que hacer acto de presencia y de potencia en lo humano y a través de lo humano. Así ocurrió en Jesucristo, la unión de Dios.

28) Lo dicho anteriormente dentro del nivel óptico, vale asimismo en el plano histórico. Jesucristo no sólo unifica ópticamente en una Persona lo humano y lo divino, sino que realiza y muestra históricamente dicha unión. Jesucristo es el Sacramento de Dios. Es el hecho historia, en toda la realidad y en todo el desajuste de la expresión.

29) Será, por tanto, a partir y a través de la humanidad histó-

de Jesús como se ha de mostrar la divinidad. No puede pensarse en una correspondencia exacta entre una y otra realidad, pero sí en cierta referencia mutua. Consiguientemente, no se trata de presentar la humanidad de Jesús en un primer momento, y más tarde pasar a hablar de la divinidad. La metodología indicada en la primera parte de nuestro trabajo comienza por lo humano de Jesús para acceder así a la divinidad. Pero este orden metodológico no supone doble contenido de la materia cristológica. Es, más bien, un único contenido examinado bajo doble perspectiva. Se puede adoptar una perspectiva u otra, pero no por eso se cambia de contenido. En cuanto al contenido, y dentro siempre de la consideración de Jesús como Sacramento histórico de Dios, tanto monta la perspectiva de la divinidad de Jesucristo cuanto la perspectiva de la humanidad del mismo Jesucristo. La una —la divinidad— remite a la otra —la humanidad histórica de Jesucristo— y viceversa. Que en nuestros días prevalece la “cristología desde abajo” no quiere decir que se haya de renunciar a presentar ante nuestros catequizandos la dimensión divina, trascendente, de Jesucristo.

30) La catequesis hodierna sobre Jesucristo respecto de la catequesis tradicional no tiene por qué aparecer recortada “por arriba” en cuanto al contenido. Y se equivocan quienes hacen consistir en semejante recorte de lo trascendente la modernidad de la cristología de nuestros días. Pero también se equivocan quienes en pleno siglo XX se empeñan en presentar una “cristología desde arriba” dejando de lado la humanidad de Jesucristo e intentando mostrar a Dios no en y a través de la humanidad histórica de Jesús, sino por medio de los ruines y deslucidos conceptos humanos sobre Dios. Una “cristología desde arriba” entendida en el sentido expuesto representa un serio atentado contra el contenido de la catequesis cristológica. De todos es sabido que existen otras “cristologías desde arriba” como la de K. Barth, que no coinciden con el tipo de “cristología desde arriba”, aquí censurado, y que, por consiguiente, pueden ser respetuosos con el contenido del mensaje cristiano sobre Jesucristo. En caso afirmativo, nuestros reparos a estas otras “cristologías desde arriba” irían por el lado pedagógico, no por el lado del contenido.